

UNA SIMPLE CONSIGNA Y UN VAIVÉN DE RECUERDOS

Iba y venía, una y otra vez y no se decidía. La tarea era tan simple y ella como siempre se hacía un mundo. Duraznos, peras o frutillas, qué más daba, pero no, no era fácil.

El profesor de dibujo del instituto había dado una consigna, dibujar una o varias frutas representativas de su cotidianeidad. El objetivo, participar de un concurso importante con un premio que también lo era, una beca con un prestigioso artista, un sueño para una principiante como ella.

Se preguntó qué era eso de una fruta representativa, desde cuándo una fruta tenía tanta importancia, a quién se le ocurría semejante cosa. La inquietud la enojaba, pero aun así, en el camino hasta su casa, los pensamientos iban y venían, repitiendo la gran pregunta: duraznos, peras o frutillas o lo que fuera.

Cuando pequeña, su madre le hacía puré de bananas con miel porque a todos los niños les gustaba, y no comprendía que pusiera esa cara de tanto asco por disenter con la idea.

No le pasaba lo mismo con la jalea de membrillos de su abuela, transparente, perfumada y con ese color rojo intenso con destellos tirando al bordó, que tanto le gustaba y que de acuerdo a cómo la luz le diera, se convertía en una verdadera obra maestra.

Subió al colectivo imbuida en su propio mundo y en las frutas, qué dirían los que estaban allí -se preguntó- si descubrieran lo que en ese instante ocupaba todas sus neuronas, esa fruta tan sugerente y por supuesto particular, seguramente le plantearían que había tantas cosas importantes en la vida para preocuparse y ella pensando en tonterías.

Los recuerdos de la adolescencia y las mandarinas en las siestas de invierno cuando con Inés, su mejor amiga, las desmenuzaban preguntándose si tal o cual estaba o no profundamente enamorado de ellas, y esa nostalgia del tiempo pasado y de la inocencia perdida otra vez la invadió, a punto tal que pareció percibir que todo el colectivo se llenaba del olor penetrante de esas frutas reveladoras de amores posibles o imposibles.

El viaje le resultó a diferencia de otros muy corto, se bajó rápido y sintió sus mejillas tibias como le ocurría cuando se apresuraba un poco, o cuando la timidez así de la nada y en los momentos menos oportunos aparecía que le hizo evocar a una de sus tías, la más querida, quien le decía que su cara se parecía a una manzanita roja y brillante.

Llegó a su casa y sus pensamientos frutales seguían permaneciendo como sus dudas. Frutas representativas, qué más da -se dijo-, si hasta las naranjas le traían sensaciones de sabores a dulces jugos con mucha azúcar que al terminarlos quedaba en el fondo del vaso, y era un placer ver como los microcristales transparentes rápidamente caían hasta su boca.

En ese instante se cuestionó las remembranzas que sencillas frutas le habían generado a partir de una consigna tonta y simple, y se planteó de qué inconsciente manera la vida se nutre de elementos básicos y tan escondidos. Su conclusión le agradó, aun cuando se dio cuenta de que el tiempo había pasado y ella aún no podía decidirse qué dibujar, si mandarinas, bananas, naranjas, o membrillos.